

Cuentos Cruentos

Cuentos Cruentos

ANTONIO RIVERA MENDOZA

Copyright © 2021 Antonio Rivera Mendoza

Todos los derechos reservados.

arivera133@gmail.com

Ilustraciones de tapa y contratapa Mónica Rivera

ISBN:

Para Ayrú,
mientras se escribía este libro,
tú crecías para nacer.

CONTENIDO

Prólogo	pag. 1
Marisa y Rodolfo	pag. 3
Duelo en el vestíbulo	pag. 13
Sentenciados	pag. 15
Aliento artístico	pag. 19
Señales	pag. 21
El tigre de Irpa Irpa	pag. 29
El antólogo	pag. 31
El queque de mamá	pag. 37
El circo	pag. 39
Juan y Juanita	pag. 43
Chocolate dominical	pag. 47
La mesa 5	pag. 49

Gracias a

Mónica Rivera, por el arte de tus hermosas ilustraciones de la tapa y contratapa.

Elizabeth Riva A., por tu lectura y consejos que enriquecieron los textos.

Ela Rivera, por tu confianza y apoyo bondadosos en cada momento y tu trabajo de edición.

Única piedra criada
y nacida de vegetal
joya del bien y del mal,
en el wayruru la vida
está contenida (...)

(“Wayruru”, cueca incipiente)

PRÓLOGO

El genérico “cruentos” de estos cuentos y relatos parecía deberse a una forzada grafía que, como obsequio a la sinceridad, debía ser suprimida o sustituida. Pero, toma fuerza la teoría de que las palabras son organismos que, si aparecen escritos o dichos, se empeñan en permanecer. Decidido el autor a desterrar el “cruentos”, este adjetivo luchó con maña y argumentos para quedarse en tan expectante sitio antes de inducirle a una relectura de sus textos, cuando ya sólo el título estaba en cuestión. El repaso obediente tuvo notorio desenlace. Aquel calificativo postizo fue explicándose, se convirtió en posible y ahora es imprescindible.

Si bien no todos los cuentos rezuman sangre, resumen, se diría, la dualidad. Una mancha de sangre, una sombra de pesadumbre o un permeado de sustancia amarga, acompañan al hemisferio amable.

Los actos de los seres humanos, trasladados a los muñecos gobernados por hilos de palabras, allá en la realidad como acá en la ficción, están contaminados (o adornados) de cierta crueldad, expresada de manera manifiesta o solapada. En todo sueño, acecha la pesadilla.

El yin y el yang lo expresa mejor: la dualidad está presente aunque sus proporciones no siempre son equilibradas, sino en proceso continuo. Al autor le gusta imaginarlo con la joya vegetal: el wayruru.

MARISA Y RODOLFO

Tómese un matecito de coca, le recomendó la mujer del mostrador, con ese algo maternal que los viejos despiertan en las dependientas, al verlo vacilante y desorientado.

Él lo bebió, pero sabía que era su artritis lo que hacía titubeantes sus pasos al llegar al aeropuerto El Alto, en aquel viaje que había calificado, en broma, de “suicida”, desde que se decidió a hacerlo. El desamparo que conmovió a la mujer, en cambio, se debía al motivo del viaje. Y hablando de suicidio, se dice don Rodo, yo, que he pensado con frecuencia en morir por mano propia, debido a los reiterados pedidos de mi mujer para acompañarla en el más allá, a mi enfermedad y a este alejamiento inexorable del mundo que es la vejez, me veo aquí, como canta Paco Ibáñez, dispuesto a “una vez más estar celoso, una vez más desatinar”, y corro, como adolescente repleto de testosterona, al encuentro de la memoria en una habitación del Hotel Avenida. No sin miedo, aclara para sí mismo. La decisión de hacer este viaje no fue fácil, pero su realización le resulta más dificultosa de lo que pensó.

Y encima debía hacerlo sin ayuda, puesto que era secreto y nadie, ni su hija ni su fallecida esposa -que continuaba gobernando su vida desde ultratumba, a través de cuchicheos

nocturnos con su hija Tonya- podían conocerlo, y menos su amigo íntimo a quien la exención de deberes familiares lo destinó a curiosear las vicisitudes de la vida de otros y al gusto por diseminarlas. Don Rodo estaba solo.

Mientras bebía el mate, la incertidumbre lo estremecía, pero a la vez cargaba aquella sensación de cierta felicidad, de una felicidad aventurera, localizada en pliegues principales de cuerpo y alma, la misma que lo poseyera en aquel largo y viejo viaje continental recorriendo caminos en carros que se apiadaban del mochilero que era, llamado por Amparo Ochoa y empujado por el general Luis García Meza al que aun muerto se refería con el argentinismo LPMQTP.

Sí, temor y ansiedad era lo que sentía en el aeropuerto alteño suspendido a 4 mil y pico metros que más parece la estación previa al aterrizaje o el primer rellano en la ascensión a los cielos. Sus siguientes pasos... interrumpe la mezcla de ruidos y sonidos de las cosas que a veces forman palabras, cree oír “señor” y, asido a su bastón, ve una máscara lastimera que parece pedir auxilio desde la poza de un escaparate.

Va a una cita de hace más de cuarenta años, a la que no acudió por escapar de la dictadura, trata de convencerse aún hoy, pero sabe que la llamada de la aventura fue más fuerte que la del amor, aquella continuó por unos años, éste se volvió un recurso renovable. Se arrepintió alguna vez, pero, como se dice en el karaoke, hizo su camino. Ahora no está para mochileadas y acude en transporte de pago a su cita postergada y revivida por Facebook, en un chat vertiginoso luego de una coincidencia. Aquí en La Paz lo espera Marisa, sobre la que pasaron los mismos años, pero no tan crueles como por él. Por lo menos eso es lo que pudo notar en las fotos de su muro. Quitando unas centenas de gramos y planchando aquí y allá, parecería la misma de hace décadas, cuando se despidieron en el aeropuerto de Cochabamba, la última vez que la vio en carne y hueso y la abrazó en carne, subiéndose a un avión que se hundió en el firmamento y

abrió el precipicio por donde caía un Rodolfo que ya quería volver de su viaje no comenzado.

Mientras hace la cola para abordar el trufi, don Rodo siente sus achaques opacados por los pensamientos sobre su destino inmediato. Primero el Hotel Avenida, una habitación con cama matrimonial, por favor, después, poner a punto la atmósfera para el encuentro. No, no sabe cómo llamar a esta parte de su aventura. Imagina la habitación como un escenario y él el primer personaje en orden de aparición. Se ve a sí mismo en el teatro Achá entrando trabajosamente en la escena: un cuarto de hotel. Para comenzar con algo, una primera impresión para el público, prueba la consistencia de la cama empujando la mano sobre mantas y colchón, es un gesto nervioso; lo que le preocupa es de qué o cómo se va a desvestir para la escena por venir, cómo podrá quitarse estas ropas que no sólo lo visten, sino que también lo protegen y ocultan. Se acerca al espejo, le cuesta ponerse frente a él, lo hace, observa su cabeza hundida entre los hombros, la rectifica, al levantarla asoman los colgajos de su cuello, los intenta planchar con los dedos y sacando enérgicamente la mandíbula, esto le ocasiona un inquietante desencaje de la placa dental, la reacomoda mascando y el espejo le da una mueca deprimente, hace unas semanas cayó en la cuenta de que la única parte de nuestro esqueleto expuesta a la luz pública es la dentadura, desde entonces le da una importancia principal pero tardía, la que se arrepiente habérsela negado tanto tiempo, y miren el resultado. Nota en la frente, cerca de las sienas, unos lunarcitos o pequitas oscuros iguales a las de su abuelo, les pasa los índices como acusándolos, ve sus lacrimosos ojos rodeados de una orografía de arrugas, agradece la constancia de su pelo aunque es ya ralo; las manos que subieron al espejo mientras quería remodelarse el cogote, son color tierra cubiertas de una película reseca y transparente, con las mismas pecas oscuras de la cara, que un día concluyera que son las fusas y corcheas de la obertura de la muerte.

La escena se desvanece y aquí está Don Rodo, rodando en el trufi que baja por la autopista a La Paz. Ve el paisaje de casas modestas que le producen un aleteo en el estómago al recordar sus pasos solitarios por esas calles mucho antes de volver a Cochabamba donde conocería a Marisa, esa Marisa que ahora se alista para salir de casa sin pedir permiso, sí, pero con cierta discreción porque, piensa, la libertad es tener la sabiduría para administrarla. No, su marido no debe notar el perfume nuevo que se ha echado, ni la elegancia austera de sus ropas y menos los nervios y que ni se le ocurra preguntar dónde voy. No, no lo hará porque teme la respuesta, como la ha temido desde el primer día de su vida en común. Marisa trabaja en el rimmel, alarga sus pestañas que le dan ese aire un poco atrevido y cínico, sus ojos negros saltan de esa labor a la piel de su cara, no, ya no es la que era (recibe la Renta Dignidad), ahora las arrugas han establecido fluida comunicación entre ellas, como las que parten de las aletas de la nariz con las de más abajo. Curiosamente hace los mismos ensayos de estiramiento de piel que Rodolfo, también lo hace con sus manos, avivadas por las uñas rojas. Debe salir en diez minutos o poco más, porque Rodolfo ya llegará al hotel, pero puede esperar, tiene que esperar, se dice con una sonrisa que descubre sus perlas dentales con sólo dos implantes foráneos. Debe cruzar todavía la sala que se ve desde el escritorio donde su marido teclea alguna proclama, se decide y lo hace mientras dice un impersonal “chau” que roza esa intuición, domada por los años. Sale, un uber y varias inquietudes la esperan, monta en ellos, le da la dirección al chofer y se acomoda para prefigurarse las escenas que seguirán. Su hijo Fernando la observaba desde la ventana del segundo piso.

En los setenta del siglo XX Marisa y Rodolfo coincidieron en asignaturas, dictadas para diversas carreras nuevas en la universidad pública por profesores de secundaria: enseñaban prejuicios sociales en lugar de ciencias sociales, hasta que fueron reemplazados y volvieron avergonzados a sus

colegios.

Eran los años de asambleas, marchas, estados de emergencia y gases lacrimógenos; unas veces se luchaba por la democracia, otras para exigir mejoras académicas, otras más, promovidas por rectores y docentes para aumentarse los sueldos, alguna, por la autonomía. En medio de humos y arengas, se acercaban ideas, manos, bocas y cuerpos en algo que se llamó conciencia, compromiso social y amor.

En el teatro al aire libre se sucedían asambleas donde miricos, chinos, moscos, troskos, se disputaban pegas administrativas, poder estudiantil y la aprobación de sus jefes lejanos, mirados de reojo por otros más breves como los posadistas (con jefes más distantes) que aseguraban, muy en serio, que la revolución vendría en naves interplanetarias, y de anarcos que no necesitaban aplicarse demasiado para ridiculizar a todos. Con excepciones, esos asambleístas son ahora vejetes nostálgicos (empleados, profesores y jubilados en la universidad, y ávidos cazadores de likes) varados en la marisma del tiempo, unos con más remordimientos que otros, pobres y tristes, ricos y tristes; ayer fogosos oradores y ovejas blancas, hoy en postrar labor justificante.

Mientras explotaba el campus, una pareja revolcaba sus aperitivos en pastos escondidos para luego marchar a comerse en el cuartito alquilado, Marisa y Rodo dejaban para después, como mandaban las hormonas, los deberes políticos.

El vacío infinito dejado por el avión que se llevara a Marisa, se llenó de nuevas eternidades, pero quedó un poso en la memoria compartida, un sentimiento coleccionable, como pudieron advertir en el encuentro fortuito en Facebook. Casi medio siglo más tarde, Don Rodo vigila articulaciones y controla resuellos en el trufi que lo lleva al hotel Avenida, situado en sensible sitio de la gran vagina que es la ciudad: una larga cañada donde ni el músculo duerme ni la ambición descansa.

Acuden a la cita el trufi repleto y el espacioso uber, aquél

baja, éste trepa la ciudad. En el pequeño bus don Rodo se sabe el pasajero más desasosegado, más, evidentemente, que la serena mujer de sombrero que admira su ciudad y adivina a su hombre allá abajo, el oficinista abrigado metido en su celular, los jóvenes turistas que gritan “Uliuni” felices de estar aquí, todos con destinos asumidos, se dice el anciano, ajenos al incierto mío. Escarba en el reflejo del retrovisor, descubre su camisa, se pregunta si habrá elegido la más juvenil ¡ay!, está bien, lo que no está bien es la camiseta interior que se calzó pensando en La Paz más que en Marisa: blanca y de mangas largas, esa que su hija Tonya, al verla, estallara en una carcajada diciendo que parecía una camisa de manicomio, sí, se despojará de ella antes de que llegue el encuentro. Estas divagaciones le sirven, en verdad, para no pensar en lo importante, el desempeño de su virilidad.

Marisa envuelve en ese abrigo largo un vestido de una pieza, verde, holgado, fácil de quitar, como pantalón de stripper. El vestido está muy bien, lo que quedará después es su preocupación: su cuerpo desnudo con los últimos bastiones a batir, el sostén y el calzón. Los revisa mentalmente, le gusta su color acerado brillante, pero en la planicie entre las dos prendas se alza una duna apretada en el sur que produce un rollito rebelde y que hoy lamenta no haber puesto más empeño en eliminar. Las nalgas bien sostenidas también sufrirán, como los senos, sendos aunque no dramáticos desparramamientos, pero sabe tenderse en la cama antes de que se los noten, incluso ojos juveniles, pero, se consuela, este no será el caso. Se revisa desnuda, observa los puntos críticos y queda regularmente satisfecha, añade a su aprobación aquella reflexión que leyera en una vieja novela de Isabel Allende: la mujer debe preocuparse sólo de su deseo, y no rendir exámenes físicos, en cambio el hombre tiene que probarlo con la erección.

Cuando el uber deja atrás la congestión del final de Calacoto, el trufi aparece por debajo del paso de la avenida Perú, en la Montes. Don Rodo se reprocha haberse ahorrado

el taxi en el que habría llegado a la cita con gran anticipación. Ahora deberá hacer los arreglos con cierta prisa. Se acerca al mostrador de recepción, pide la pieza, aclara que debe ser con cama matrimonial, hay un instante en que se siente ridículo cuando el empleado busca sobre su hombro a alguien detrás de él y sonrío. Recibe la llave, la pieza está en el primer piso a la derecha, es la 108. Entra, cierra con llave, mira su reloj, no sabe si tranquilizarse, pone su maletín sobre una silla y se quita el sacón, el saco, la chompa, la camisa, para alcanzar la nefasta camiseta de loco, se la arranca y la tira en un rincón oscuro del ropero vacío. El auto sube Obrajes y se acerca a la avenida Arze. Marisa abre sus manos con las palmas para abajo, las mira, el anillo de matrimonio en su anular es el dorado cinturón de un gordito en miniatura, decide dejárselo, Rodolfo sabe que está casada.

Don Rodo está sentado en la cama, rodillas juntas, como si estuviera en el banquillo del acusado. Se ha puesto sus pantuflas y la chompa, la habitación es fría, La Paz es fría. Pronto será juzgado no sabe exactamente por qué. Repasa todo lo sucedido, desde el click en “agregar” en Facebook hasta poner a punto esta escenografía. Quisiera estar en su casa, viendo su serie en la gran tele de su sala o comiendo un platito de la tarde -fidiusuchu, es jueves- con sus amigos. Pero está aquí, en un cuarto impersonal de un hotel adornado con la foto enmarcada de esta ciudad, esperando. Ha decidido mantener la dentadura en su lugar, enfrentar esta prueba con ella a pesar del riesgo de perderla en el fragor de algún beso, y del tono silbante que da a sus eses. Ya no quiere el espejo, quiere que llegue la hora. Llega con unos golpecitos firmes en la puerta. Abre y ahí está Marisa, dolorosamente radiante.

Se abrazan, dan besos en las mejillas, los holas son nerviosos. Se sientan en la cama, se miran, ya han conversado largo por messenger. Él alarga una mano a su mejilla. Las manos parecen más decididas, preceden a sus jefes, los ojos. Actúan las bocas y sigue así hasta que la vieja memoria

distiende el agarrotamiento, suaviza el pudor, desata lo contenido. Se desnudan, ninguno ve nada de lo que había temido, todo es bienvenido, como antes, se dicen sin hablar. Anulada la distancia queda abrogado también el tiempo. Los cuerpos se reconocen, se avivan, se cumplen, el deseo estaba dormido, ahora ya nada duerme. Las excursiones por montes y bosques son atrevidas, el ensamblaje construye una nave unánime, la carabela navega rítmica en jugos de trópicos ardientes, ardua hasta el desembarco. Se arrián las velas, se serenán los litorales.

Se dejan caer de espaldas, callados y húmedos. Pasa un largo rato, es hora de hablar, se dice Marisa. Se apoya en el codo, ya descuidados los senos, y le pregunta cómo estás. Rodolfo responde un silencio masivo.

Expiación o destino previsto en la broma del aeropuerto, el silencio de Rodolfo gana su voz, acalla el jadeo y la respiración, enmudece aun el inaudible rumor del torrente de la sangre por las venas, el crujido que pelos y uñas producen cuando se abren camino por la carne, detiene el golpeteo del pecho donde Marisa apoya alarmada oreja.

Minutos después, exhaustivamente sacudido ese cuerpo que ha agotado la entidad de Rodo, ella se viste y llama a la recepción. Por esa llamada se cuele lo público y una pequeña muchedumbre. De pronto son cuatro los recepcionistas, las mujeres de limpieza se han multiplicado, nunca se habría pensado que el Hotel Avenida acogiera este número de huéspedes, que asoman en bata, pantuflas, ruleros, hay uno cubierto por tan sólo una toalla, y varios más en ropa de calle, no faltan los gavroches que nunca faltan. La habitación amenaza con convertirse en el camarote de los hermanos Marx. Apenas pueden entrar en escena los policías de civil y uniforme, y la fiscal. Marisa debe permanecer aquí, señora, hasta el levantamiento del cadáver, también le piden sus datos que los da todavía en shock. A codazos, se abre paso su esposo, pregunta con la mirada ansiosa, la ve sana y salva, respira aliviado, la abraza, mira al muerto, no sabe quién es,

no lo ha visto ni en pelea de perros, mejor así. Con él llegó su hijo Fernando que observa a su madre con las mismas emociones de cuando vio Los puentes de Madison. Rodolfo ya no es Rodolfo ni don Rodo, es un caso. El cadáver se va a la morgue, la familia a su casa (preferimos ignorar cómo poblaron el silencio en el largo trayecto), luego de las declaraciones informativas que prometen ampliar mañana.

En Cochabamba, Tonya ha recibido la noticia de la manera brutal con que dan estas noticias los que trabajan con los muertos, llora con amargura y alivio, le pesa el no haberle asistido en su muerte, pero la reconforta saber que su padre estará, por fin, con su esposa, y que sus propios sueños ya podrán volar libres. Dos horas después llega a La Paz sólo para enterarse de que no puede hacer nada hasta mañana, señorita, en horas de oficina. No sabe qué hacer. Los parientes que tiene aquí son lejanos o están alejados, finalmente marca el número de Marisa, que le dieron en la Policía, sin un objetivo claro. Contesta Fernando, éste comprende su desamparo y se ofrece a encontrarla en el centro. Cuando llega al café donde ella espera, queda deslumbrada, como su padre quedara hace medio siglo, Fernando también. Intercambian saludos formales, se proveen biografías abreviadas, llegan a creencias, libros, autores, ideas, películas y series, mencionan planes, apenas rozan la circunstancia que los reúne, deciden que es algo ajeno a ellos. Luego de dos horas, Fernando le compra dos tabletas de diazepam, la lleva a un hotel y la ayuda a registrarse. Mañana irán juntos a la morgue y luego veremos. “Luego veremos” será una cita muy larga, una eternidad.

DUELO EN EL VESTÍBULO

La tarde era lluviosa y vestía una niebla que se colaba dentro de las casas, más todavía en los edificios que siempre esperan gente, como el hotel donde entramos, enfrente de la estación de Atocha. Ella subió a la administración para averiguar vacancias y precios, mientras yo me refugié en esa sala, al lado de las gradas, casi en la penumbra por el ahorro de luz y la niebla. Después de sacudirme las gotas de lluvia, eché una mirada para conocer dónde estaba, mis ojos recorrían la estancia cuando de pronto tropezaron con los de un hombre que me observaba fijamente. En los instantes que fui capaz de sostener esa mirada pude percibir la maldad. Los surcos de esa cara formaban el abecedario del rencor, los vicios habían dejado en ella su terrible e inconfundible rastro y, pese a sus años, era un ser que parecía dispuesto a atacar. Su mirada, nunca la olvidaré, confirmaba un atroz sino de infamia.

Huí de aquella figura espantosa hasta el extremo de la sala y miré sin ver un cuadro solitario, pero me parecía sentir los puñales de aquellos ojos clavados en mi espalda. Me volví con un resto de valor para ver si los metros que ahora nos separaban habían desviado su atención. Temblando vi ese

rostro malvado que me miraba con insistencia y casi me desmayé. Ella vino en mi rescate:

- ¿Qué haces mirándote con tanta atención en ese espejo?
Vámonos, aquí no hay pieza libre.

SENTENCIADOS

Crujió la cruz cuando Jesús, exhausto, la apoyó en ese dintel para tomarse un descanso en la penosa excursión de su martirio que culminaría allá en lo alto de la colina, y que inauguraría una era. Se abrió el portón y apareció la figura enjovada de un comerciante judío, el amo de la casa, al que su esclavo había alertado. Reconoció al sentenciado, ridículo rey coronado de espinas, que se enjugaba sudor y sangre. No lo quería cerca, lo avergonzaba, lo comprometía. Le dio un empujón, lo echó con un “¡anda!” inmisericorde. El mártir trastabilló, asió el instrumento de su muerte provisional, lanzó una mirada de odio al dueño de casa, cargó su cruz, se volvió cuando reanudaba su camino, le sentenció: “sí, ya ando, pero tú andarás hasta mi regreso”.

Esta condena emitida casi sin reflexión y en apariencia menor, se revelaría atroz.

Ejecutado Cristo sobre esa cruz, se analizó este castigo y resultó desproporcionado en opinión de los todavía pocos que entonces creían en él, pero, justo para los millones en el mundo de hoy.

En aquel tiempo los cristianos sufrían la represión del

imperio romano y de los judíos colaboracionistas; su naciente doctrina era poco publicitada. El comerciante hebreo pudo no conocerla y, como sucede aun ahora, creer a pies juntillas lo que publicaban los medios, o estar alineado a la corrección política del momento histórico: al que había echado de manera tan desconsiderada era el agitador autoproclamado rey de los judíos. Imbuido por tal convencimiento, el próspero comerciante actuó como la masa que se mofaba de Jesús, por lo tanto la sentencia cristiana puede verse, por lo menos, excesiva, e incluso argumentarse que, entonces, debió hacerla extensiva al gran número de personas que asistían complacidas a su tormento. Como el cristianismo señala, la segunda venida de Jesús (su regreso) todavía sin fecha oficial, servirá para juzgarnos a todos y distribuirnos entre cielos e infiernos donde viviremos para siempre, es razonable inferir que la condena de marras, es eterna, aun en el caso en que el sentenciado sea perdonado en el Juicio Final, lo cual es improbable tomando en cuenta que la ofensa fue en contra del mismísimo fundador de esa doctrina. De cualquier manera, sufrir diariamente una tortura por más de veinte siglos es ya la eternidad. (Alguno ve en este acto una enseñanza para los que se lamentan y abominan de la muerte: ser eterno es un castigo mayor al de sufrirla.)

Más tarde se conoció lo que en prosa judicial podríamos llamar el reglamento de la sentencia: el comerciante judío andaría por siempre, pero, para evitar la incomodidad de tener un anciano de siglos de edad, estragado por el moho del tiempo, perturbando las calles, la historia y la demografía, se dispuso que cada vez que llegara a cumplir los cien años, volviera automáticamente a los 33, detalle etario que no puede no reconocerse como una ironía divina. Por ese retorno recurrente pasaría desapercibido, aunque, hay que decirlo, no completamente porque alguien que ya ha vivido más de dos mil años a fecha de hoy, no puede no ser protagonista -aunque anónimo y/o involuntario- de la

historia, además, un castigado personalmente por Jesucristo, tiene por fuerza que exhibir ciertas características físicas, acaso terribles, que lo distinguan de los demás hombres puesto que los prominentes castigos cristianos llevan implícito el escarmiento público.

Crónicas, novelas, cuentos, mitos, fábulas, escritos y orales de diversos tiempos y lenguas, refieren la presencia del sentenciado, unas veces para reflexionar en las orillas del río del tiempo, otras, sobre las veleidades históricas de la culpa y el castigo, otras más, en torno a la existencia de Dios.

Respecto a los testimonios de su paso por ciudades y pueblos del mundo, varían tanto que parecen hablar de decenas de hombres distintos. Todos quedan en el ámbito de la leyenda, salvo uno.

El día martes 19 de octubre del año 2018 d. de C., visitamos la ciudad de Punata para hacer unas fotografías y, por qué no, gozar de su muy famosa chicha, en medio de la feria provincial. Cuando ya habíamos agotado más de una jarra y varios cascos, y ningún bit de la cámara de Jorge, salimos de la chichería para curiosear en el gran mercado de los martes donde elegiríamos escenas para nuestras instantáneas. Nos maravillamos con las colinas doradas de papalisa, las serranías que van del tranquilo ocre al morado intenso de las papas, el aliento perfumado de miles de duraznos, en fin, con los frutos y frutas de ese valle hermoso. De cientos de puertas salían alegres y hospitalarias voces para ofrecer sus artes; a cada paso nos requerían insistentes pichones, pollos, conejos, chanchos, corderos, vacas desde sus ollas y pailas fragantes.

De repente cundió el silencio. Había llegado en forma de una ola que a su paso acallaba voces de vendedoras, música de altoparlantes, llantos y risas de niños y borrachos, enmudeciendo hasta el chisporroteo del carbón de los braseros. Vimos, entonces, que la muchedumbre se abría

como un Mar Rojo de sombreros. Por ese corredor de carne temblorosa se vio llegar a un hombre con el rostro más desdichado que pueda alguien imaginar, arrastrando un cuerpo extenuado, parecía que caería en cada paso, una áspera mano asía un mendrugo que mordía a ratos, la otra mendigaba desganada. Sus harapos dejaban entrever un torso inaudito, en vez de piel tenía el pelaje de un toro, y más terrible aún, algo como pezuñas pisaban el suelo. Pasaba lentamente, ajeno, sin pausa, y sólo miraban adelante sus ojos alucinados.

Jorge llevaba su nikon. Desaprensivo, le sugerí en silencio que le fotografiara, que no perdiera semejante oportunidad. Vi la respuesta en su cara presa del estupor por esa muerte caminando; dejó la cámara colgando de su hombro.

El Judío Errante, entonces, se perdió en su eterno horizonte.

ALIENTO ARTÍSTICO

Terminó de tocar el *andante*, con algún error, pero el cuerpo del movimiento fue ejecutado con remarcable pasión. El hombre se acercó por detrás para decirle algo. Apenas comenzó, ella lo evitó asqueada: el sarro, los restos de nuevas y viejas viandas alojados entre dientes torcidos e incompletos, antiguos volcanes de caries, innombrables cavernas y vahos de remotas habitaciones de hígados, riñones y galerías atascadas eran contribuciones sustanciosas al hálito pestilente. La ejecutante hurtó su cabeza de esa acometida, apenas dicha la primera sílaba. Miró la cara, acomodó su naricita poniéndola a salvo de la ominosa ventisca,

- ¿Qué, abuelito?

- Nada, hijita, que tocas muy lindo- , dialogó el cariño.

SEÑALES

Una familia viaja en un auto de modelo antiguo por la ciudad de La Paz, por sus subidas y bajadas. Lluve y debe llegar a las 8 al colegio. Dentro del coche, la familia conversa alegremente, con exagerada mímica. De pronto el auto comienza a resbalar a un lado de la calle y aparecen montones de barro que quiebran el pavimento y llenan de piedras y tierra mojada la calle. El frente de una casa detiene su caída. Baján a toda prisa niños madre y esposo y alcanzan a ponerse a salvo unos cincuenta metros arriba. Llegan acezando y entre jalones, algún grito y muchos gestos y ademanes comentan de la que se han salvado, entre un grupo de vecinos que sufre la pérdida de enseres. Las dos chicas son sordomudas y también su amigo que llevan todos los días al colegio.

No por usuales los deslizamientos en esta ciudad de topografía absurda dejan de ser dramáticos. Mientras la ciudad de un millón de personas continúa en su cotidianidad, veinte, treinta familias lloran pérdida de cosas, muebles, electrodomésticos, y a veces hasta casas y vidas, en cada derrumbe de estas gradas gigantescas donde se asientan las

viviendas.

A vista de pájaro en un día normal, la ciudad se muestra como si hubiera soportado un terremoto sin prácticamente destrucción de casas, pero sí con cambios de nivel de calles y barrios, con el resultado de terrazas, donde están los edificios, comunicadas por calles casi verticales y miles de gradas.

Está a punto de cerrar sus puertas la escuela para sordomudos donde llega la familia que ha dejado al esposo al cuidado del auto para recuperarlo. El ambiente en el patio del colegio es insólito para un visitante inadvertido. Es como si se hubiera cortado el audio en una escena del recreo de un colegio. Y es en parte verdad, se ha cortado el audio, pero continúa el entusiasmo y brío de los niños y adolescentes. En un corrillo los chicos del auto relatan con grandes ademanes y escribiendo en el aire con dedos y manos el deslizamiento que los arrastrara, allá arriba.

En otro punto de la ciudad, en el edificio de la Alcaldía, a la misma hora, el alcalde está llegando con cara de pocos amigos como lo hace siempre que llueve. Porteros y secretarios lo saludan sin esperar respuesta: lo conocen. Unas diez veces al año repiten esta rutina. Gritos, carajazos, a ver llamen a tal, que venga cual, dónde está ese otro. Llegan tropezando, papeles en mano, los jefes de sección, directores, para “rendir” informes. Más tarde esperarán a los vecinos del barrio afectado, negociarán términos de ayuda, harán declaraciones a periodistas que tienen la impresión de vivir el Día de la Marmota, y hasta la próxima. Pero, esta vez no es como las otras.

Abel, el padre de las sordomudas ha recuperado su auto sólo con algunas abolladuras. Una grúa hizo el trabajo, que tuvo que pagar con una suma no presupuestada para este mes, pero ya está en su coche con Isabel, su esposa, la ha recogido de la puerta del colegio, y se dirigen al mercado y a

su casa, ésta está en un barrio donde curiosamente viven varias familias con miembros sordos y mudos. Pero, no es una curiosidad, aparentemente la gente con problemas similares tiende a reunirse por una cuestión de instinto de conservación, piensa Abel, se lo comenta a Isabel, ella está de acuerdo. La vida familiar se desarrolla normalmente, han asumido las carencias de sus hijas, el colegio les da una buena formación y ellos aprendieron a comunicarse fluidamente con ellas y todas las personas sordas y mudas. Tienen reuniones sociales periódicas en las que no hay momentos de incomunicación y todo marcha bien. El mejor amigo de Abel, Mario, es también sordomudo. Tiene su tienda de abarrotes unas calles más arriba.

Abel deja a Isabel en la puerta del mercado, con el auto, toma el trufi para irse a su trabajo. Llegará tarde, pero su jefe entenderá cuando le relate su peripecia.

Es la emergencia por la pandemia del coronavirus, sin embargo, las urgencias de lo cotidiano casi la ignoran. Hay regularmente noticias de muertes por el virus, pero se mimetizan con las causadas por otras enfermedades a las que la gente evita como puede. Hay la sensación de que hubo más muertos de los que admite el gobierno. Una prueba de ello es la existencia de los cementerios clandestinos que salen a la luz, denunciados por propietarios de terrenos abandonados o de especulación. La presidenta y el alcalde, socios políticos, aliados prácticamente a las puertas de la pandemia, manejan dinero e información a su antojo protegidos por la emergencia sanitaria. Nunca se conocerán los montos de dinero de ayuda exterior, el destino de éstos, sumados a préstamos, que entran y salen de las cuentas oficiales sigilosamente, ocultos por urgencias y apuros. La gente que moría era el pretexto perfecto para dejar de lado rendiciones de cuentas. Así, se relevaban equipos de ministros, y de burócratas inmediatos que se iban enriquecidos para dar su oportunidad a los que hacían cola. Las indisimulables

denuncias produjeron remedos de juicios y sentencias sin cumplimiento.

La prensa masiva apoyó desde antes del golpe que puso a esta presidenta, siguió con su gobierno durante la emergencia y continúa ahora. Las noticias de corrupción que no se pueden ocultar, se hunden entre las noticias de empobrecimiento y necesidades de comida, de trabajo, urgentes. Tampoco los cientos de casos de la represión política de diverso grado son anotados en noticieros de tv ni prensa escrita que alardean de su apoyo a la lucha contra el “enemigo invisible” y lanzan ediciones de recordación de su papel casi heroico, según sus propios editoriales.

Al despacho del alcalde llega una llamada urgente desde el Palacio. El ministro de Gobierno, con la presidenta al lado, lo increpa: ahora mismo tienes que atender el derrumbe, se refiere al barrio donde casi pierde su coche, Abel. Es urgentísimo, le reitera el ministro, en su voz hay rabia, pero también se percibe algo de miedo. El alcalde responde que entiende, que ya van grupos de técnicos a atender la emergencia. No, no ha entendido el alcalde de mierda. Tiene que ir en persona, ahorita mismo, a acallar cualquier voz de los vecinos, cualquier riesgo de que la noticia se filtre a la oposición y salga por las redes sociales. El alcalde no entiende, es un siniestro natural. El ministro baja la voz, grita en voz baja, un informe que me llegó dice que ahí esta un cementerio clandestino... sí del coronavirus, de qué más va a ser, el alcalde nota un tono sin convicción. Con un “dile vos”, pasa el teléfono a la presidenta, sí es urgente, Luchito, tiene que ser tu prioridad, ¡movete!

El 4x4 del alcalde preside el convoy. Detrás vienen seis volquetas llenas de víveres, calaminas, frazadas, juguetes, policías y hombres con cascos, lentes, máscaras, overoles, guantes y cubiertas plásticas de botas. Sigue lloviendo. Los

potentes vehículos de vistoso color ascienden por las avenidas, trepan las calles y se esmeran por las callejuelas que conducen al siniestro. El espectáculo que encuentran es caótico. Hay mucha gente removiendo el lodo de sus patios y en habitaciones, a alguna distancia del origen del deslizamiento, ya irán allá arriba cuando limpien sus casas. En el cementerio desbaratado el cuadro es de terror, por aquí y por allá aparecen los cadáveres, pedazos de cuerpos con restos de carnes y nervios, cráneos que no han dejado de ser cabezas, tablas rústicas desclavadas con facilidad por la tierra removida. Los rostros de los que llegan en las volquetas se cambian al dolor, las lágrimas se confunden con las gotas de lluvia. Los funcionarios municipales y los policías son eficientes, se reponen. Alejan a la gente con cierta cortesía, conducen a las mujeres hasta los víveres, son para sus familias, a los hombres, a los materiales para reforzar su viviendas, los alejan con la poderosa zanahoria de la comida y las cosas regaladas. Y comienzan su trabajo: limpiar la muerte de este terreno de mierda, como ordena un capataz. Las volquetas se han colocado para recibir el atroz cargamento. Una pala mecánica ya llega de la posta municipal vecina.

Isabel cocina con la tele encendida. En su programa de variedades, dirigido a mujeres, dan la noticia del deslizamiento, muestran la tierra amontonada contra las casas, entrevistan al “encargado” municipal. Sí, estamos atendiendo la emergencia que no es grave. Sí, hay algún cuerpo, parece que se quería usar como cementerio clandestino, pero con esta acción evitaremos esos abusos y más bien entregamos víveres y pondremos a salvo el barrio. No reviste mayor gravedad. Hay imágenes oficiales de mujeres recibiendo alimentos. Llega la tanda publicitaria.

Cerca del siniestro vive Pepe, sobrino de Mario. Es un muchacho de quince años, conoce la zona como la palma de

su mano y tiene un smartphone que adora. Desde un escondite espía el horripilante trabajo. Es el único vecino que puede verlo, pues las autoridades han rodeado la zona en un perímetro muy amplio que impide ver qué hacen los hombres uniformados y protegidos. El adolescente ve cómo la pala mecánica levanta de prisa y sin respeto los cuerpos que se desarticulan, se rompen y cuelgan como enormes muñecos. Tiene una excelente vista y puede captar detalles, está cerca de las labores, pero, además su Huawei está dotado de una cámara sofisticada. Hacia mediodía han terminado y se va el convoy. Queda un inocente terraplén en lo que fue el cementerio, más allá se ve algunas bolsas de plástico y restos de cintas amarillas, los vecinos se han ido a casa con los alimentos, vituallas y materiales recibidos. Parecería que aquí no ha pasado nada. Llegan los canales de TV a la hora del noticiero, hacen unas tomas en vivo, no hay vecinos cerca, se van. De detrás de unas rocas emerge la figura embarrada de Pepe. Se había ocultado hasta que no quedara ni un alma.

Suena el teléfono fijo. Isabel levanta el auricular y dice aló. Al otro lado de la línea sólo hay silencio. Comprende que es Mario, el amigo sordomudo. Debe ser algo muy delicado para que les marque el teléfono, para que no use whatsapp. Luego escucha sonidos guturales desesperados, responde que ella irá a su tienda, pero sabe que no la oye. Apaga las hornallas, deja a medio cocer el almuerzo y sale con el mandil puesto hacia la tienda de Mario. Tarda en llegar más de lo que habría querido. Antes ha advertido a Abel de la situación. Llega a la tienda y está cerrada. Entra por la puerta de calle y accede a la tienda por la puertecita de atrás, que le abre Mario. Encuentra a su amigo tembloroso y con las luces apagadas. Ahora sí puede hablarle con el lenguaje de señas. Él le advierte que es muy grave lo que va a decirle. Ella, preocupada, lo apura. Dice que Pepe vino y minutos después fue enviado a casa con la orden terminante de no hablar absolutamente con nadie. Sí, su llamada era precisamente

para esto, para que viniera de prisa, como lo entendió. Necesita hablar con Abel. Él ya está en camino. Minutos después ella oye (y él ve la luz que se enciende cuando llaman) insistentes golpes en la puerta. Se miran. Ella dice, debe ser Abel. Mario abre la puerta con desconfianza, sí, es él. Sin saludar pregunta qué pasa. Él lo mira, mira a Isabel. Abel le insta a que hable. Asiente y saca de una alacena semiescondida el celular de su sobrino. Lo activa, elige la cámara, abre una filmación y se las muestra. Los seis ojos miran sin pestañear el registro de varios minutos. Luego se miran entre sí, espantados: Pepe ha registrado el horripilante trabajo de la limpieza del cementerio con un zoom que muestra nítidamente que los cadáveres tienen orificios inconfundibles de bala.

Isabel, Abel y Mario se miran, ahora preguntándose qué hacer. Ella cuenta lo que vio en la tele. Lo están ocultando, dice Abel. Hubo otra masacre además de Senkata y Huayllani. Las manos de Mario apremian, preguntan afirmando, la orden de Abel, del que siempre sabe qué hacer, del consejero de su círculo,

Cara y manos de Mario ruegan “¿lo borro?”

EL TIGRE DE IRPA IRPA

En el mercado de Irpa Irpa hay un tigre que castiga el odio. La feria está llena de gente, mujeres la mayoría. Todas llevan awayos a rayas que reproducen los colores de flores, frutos, paisaje y sentimiento de este valle, y convierten al pueblo en un arco iris con la forma de sus calles. El tigre está parado con sus rayas que han adquirido los colores del awayo. Cuando percibe la llegada de un odio lo persigue sin apuro, casi negligente, pero con tenacidad de misionero. El perseguido se sabe descubierto y teme. Le ha sido revelado que no podrá dejar el mercado sin hacer una de las dos únicas cosas que se le permiten: morir desgarrado o dejar de odiar.

Yo lo he sentido. Supe que el tigre inmóvil comenzó desmañadamente a caminar, dejando su parálisis de monumento. Empezó su acoso. Por horas lo evadí. Jugaba con él, yo seguía mi plan. El tigre tuvo que pasar por mi lado sin hacerme daño. Mi rival tiene un puesto en la feria. Murió apuñalado poco antes de que el tigre de colores me alcanzara.

EL ANTÓLOGO

“Muerte a crédito’, de Céline”, se dijo. No entendió de dónde vino esto, pero algo tenía que ver con sus preocupaciones. Alto y de azabache melena de poeta, con respetables hebras argénteas, Palance18 era crítico literario, uno que ya venía perdiendo el prestigio que alguna vez lo tuvo abundante. Cuando estaba solo, sin el abrazo académico ni el mimo intelectual, le invadía, además, el desasosiego que se atribuía y él atribuía a todos los críticos “nomás”, es decir, aquellos que eran incapaces de escribir alguna ficción presentable. En sus buenos tiempos Palance18 era requerido por los mejores escritores del mundo literario local, condescendía con alguno (por amistad, por parentesco) pero rechazaba a la mayoría debido a sus compromisos con revistas extranjeras que le pedían textos acerca de autores lejanos. Hoy, el crítico se percató de que pertenecía al pasado, ya nadie le mandaba un manuscrito que prologar, un libro recién salido de la imprenta para su reseña, ningún autor le rogaba su benigna opinión, su celular y email estaban mudos. El tiempo y despiertos, aprovechados aprendices le habían arrebatado su intenso comercio con los libros.

Hasta recién, le gustaban los límites minuciosos, como

averiguar en qué casa, en qué familia, se deja de hablar alemán y comienza el francés, entre las suizas alemana y francesa, donde había pasado, becado, unos meses; o la determinación biológica del minuto exacto en que termina la infancia y comienza la juventud (últimamente, cuándo la vejez), también sabía antes que nadie la hora exacta en que cambiaban las estaciones; le causó placer enterarse por el fiscal de El juicio del mono, del instante en que Dios comenzó la Creación: 23 de octubre del año 4004 a. de C., a las 9 de la mañana. Una de esas precisiones, se volvió contra él. Esta mañana, a las 7:06 *ante cafediem*, ocurrió el momento en que dejó de ser útil en el mundo libresco.

Inmediatamente supo que necesitaba de algún quehacer para sobrevivir decentemente, docentemente. Era verdad que semanas atrás había recibido un cargo en la burocracia cultural, pero a ese escritorio no lo adornaba el prestigio sino una gratitud que olía a jubilación, y sabía que aquella cualidad de archivado lo mataría como la falta de oxígeno al pescado en la ribera.

“Pronto ya todo estará escrito, todos los libros de papel ya habrán sido publicados. La era comenzada con Gutenberg ha empezado a terminar por la civilización virtual y da sus pasos vacilantes al panteón de las cosas humanas, herida por la 7G y empujada por la peste del Covid-19. En los colegios, algún día se aburrirá a los estudiantes con el ‘período 1450-2040’ que recibirá una denominación imaginativa sobre el papel del papel.”, terminó de leer el artículo aparecido en una revista de cine, donde se escondía de las verificadoras oficiales que vigilan, entre otras cosas, los textos acerca del futuro.

¿Qué hacer?, acudió al odiado espejo del desván íntimo, ese que te lo dice todo sin retoques, cínico e insobornable. Sabía qué vería, pero no que fuera tan malo.

Casi incapaz de inventar una historia, aun si se la regalaban no había encontrado el secreto de acomodarla en algún género literario, de esos a los que él se acercaba con

solvencia profesional para juzgarlos según conviniera. Lo había intentado algunas veces, hasta tenía editoriales dispuestas, pero esas veleidades llevadas a la otra acera le regalaban sólo frustración. Él mismo se criticaba con rigor.

Había elaborado algunas antologías para incluir un amigo cuentista o encargado por alguna institución cultural; sus relaciones con ellas fueron igualmente fluidas y muy cordiales, pero hasta eso se había terminado. Lo que llamaban “nuevas generaciones” pasaban sobre él. Sí, se dijo, podría convertirme en un antólogo profesional, pero, si lo decidía, debía serlo de una manera distinta, especial.

Hurgando en nubes, viejos archivos y bibliotecas históricas digitalizadas encontró un antecedente que sería la base de su plan: el editor anónimo había avanzado hasta cerca de la edición en papel, con el libro que un hoy jubilado profesor universitario propusiera luego de haber recolectado su material en la biblioteca de la facultad de Sociología, pero sobre todo en la suya, en los tiempos de la última pandemia, la de 2020, hacía ya casi veinte años. La noticia decía que se trataría de un libro con un contenido de sólo los epígrafes de sus volúmenes predilectos, que no eran pocos. Palance18 ordenó con su voz imaginar tal libro y lo vio armarse en un holograma en su sala.

No estaba mal concebido, tenía “aire” en sus páginas (quizás demasiado, se dijo, crítico y previsor), las comillas le daban un talante de título combinado con el pensamiento del antologista, porque era de eso de lo que se trataba: una íntima antología de “sus” epígrafes. Pasaba las páginas y sí, hasta podía considerarse un tomo de poesía colectiva, un largo verso al que decenas de escritores, de todo tiempo, contribuyeron para la confección final a cargo del erudito profesor, un composanto exquisito... Terminó de revisar el libro virtual y comenzó con el análisis de aspirante a antologista avezado. Para los tiempos en que el papel validaba al autor, era hasta lógico su ahorro que, ahora lo aprendimos, era la preservación de los bosques. Hoy, sin

embargo, se diría que tal libro carecía del texto propiamente dicho. En las ediciones digitales la extensión de los libros, o de cualquier texto, incluso uno periodístico, no tiene ninguna importancia: el espacio virtual es infinito. Y esa es la base donde se asentaba la idea del negocio de Palance18, que se sentía vivo solamente cuando -“modesto”- hablaba en público o deambulaba, copa en mano, entre intelectuales que lo admiraban, adulaban y necesitaban.

Este era un hecho doloroso: nunca escribiría una ficción que un editor riguroso aceptaría imprimir. Sus ensayos sí estaban publicados, pero no lo contentaban, él mismo había ayudado a instituir el precepto de que un buen ensayo es una pieza literaria con sus propias exigencias estéticas, los suyos carecían de algo, sólo eran clases de aula, transcritas. Ese sentimiento, el de ser un proscrito de la creación literaria lo condujo al propósito de convertirse en un escritor que no escribiría... pero sí publicaría.

Ante el libro de epígrafes armado imaginó que bajo cada frase elegida por aquel catedrático, insertaría un enlace simple, casi un adorno, que convocara instantáneamente, sin nuevo click ni cambio de sitio, al texto completo del autor original del que había el profesor picoteado una frase, algo impensable en el tomo que iluminaba el centro de la habitación, puesto que el asunto de derechos de autor, no lo permitiría. En cambio “un libro de libros” que crecía en su imaginación, sería una antología suya, y para que pareciera más suya añadiría epígrafes de su propia cosecha.

El libro imaginado por Palance18 sería, entonces, una especie de compleción del de ese maestro (ya se encargaría de que fuera olvidado), se trataría de un nuevo libro. Tal como hace años, ahora se puede hacer esa labor bajo la profesión de antologista.

Sería sólo el primero de los libros que planeaba Palance18. Se repite que ha descubierto una veta: publicar libros sin escribir una palabra. Sumergido en los recovecos literarios del siglo pasado se encontró con más de una

sorprende, pero buscaba algo muy específico, algo que eventualmente sería utilizado. Es un curioso libro que conocía bien y se titula “Prólogos” y está firmado por Jorge Luis Borges, una insigne voz literaria del siglo xx, que hoy habla con la misma intensidad de entonces e incluso mayor. Es curioso porque contiene tan solamente prólogos escritos por este autor para libros suyos y de otros. Una investigación periodística señaló, en esos años, el porqué de la existencia de este libro: se trató de una concesión de Borges a un sobrino suyo para que se ganara unos pesos. Y ahí está ese libro en sus varias ediciones, con añadidos de prólogos de libros ajenos y hasta epílogos del gran autor argentino. Este tomo no era ajeno a Palance18: de él se había desprendido el proyecto de editar uno con sus propios prólogos y epílogos, en plena pandemia del 20. Si Borges podía, ¿por qué no yo?, habrá argumentado, convencido de que su prestigio le permitía esa arrogancia, herida por el chasco de aquella noticia del diario argentino. Palance18 asocia ahora, sin poderlo evitar, con fastidio, el artículo que leyera con placer emanado de parecida petulancia: un escritor guatemalteco bautizó como “igualodontes” a esos que tratan de tú a tú a los grandes escritores.

Uno de los libros de libros de Palance18, bastaría para una estantería, sí, más que libros, escribiría bibliotecas. Entonces volvería a las veladas literarias, intelectuales, con un renovado, aumentado, prestigio.

En sus prisas Palance18 lo hizo con el de los epígrafes que llevaban a sus fuentes y el de los prólogos acompañados de sus libros escamoteados, pero la mano suelta del antólogo enriquecía los universos bibliográficos engordando sus tomos originales hasta esa talla bibliotecaria. Si un prólogo remitía al libro prologado, se prolongaba, cabalgando links pedidos o surtidos por algoritmos, hasta páginas de gramática, biografías de personajes y autores y familiares; las novelas continuaban en novelas que ni el autor original ni nadie había soñado. Brotaban historias a cada paso, los pasos

alcanzaban a formar tratados de geografía y éstos de cultura e idiomas y de sus artes desde su creación hasta ahora, y más, si se toma en cuenta que esos enlaces también remitían al tiempo de cualquier país cuando ya será un despojo distópico o un reino vegetariano. Pero los personajes eran creyentes y ateos, entonces las religiones se apropiaban de páginas, de libros, de bibliotecas, hasta su extracción inevitable. Lo que se desarrollaba sin límites se encontraba con el otro que se desarrollaba sin límites y tampoco había límites en el número de los todos.

Extraviado en su imperio, el excrítico había formado con las antologías bosques de links que los algoritmos usaron como parque de diversiones; desatados y ebrios, engendraron una colosal bestia literaria que invadía cuanto servidor se ponía al frente y se comía la energía de las centrales eléctricas, dejando más de una vez en tinieblas a su ciudad, y a su autor en la penumbra de un calabozo.

Un longevo Palance¹⁸, perdida su legendaria cabellera, pasó su último lustro relegado a un todavía más pequeño escritorio, bajo el que se enredaban sus largas piernas. Desaparecido del tráfico intelectual, es figura subrayada en el Guinness y en el prontuario insertado -con enajenado orgullo- en su curriculum vitae.

EL QUEQUE DE MAMÁ

Entramos a casa atropellándonos con la inercia del último ataque al arco contrario en la canchita vecina, como siempre hacíamos a la hora del té y más desesperados todavía cuando, como hoy, presentíamos el aroma del queque de mamá. El ruido de sillas desembocó en anhelante espera para recibir la tajada dorada y tibia. Mamá ya estaba cortando el queque, con los platos de figuras chinas apilados a su lado. Fue pasándolos servidos. Nosotros los recibíamos como un premio, pero debíamos esperar su dulce orden: “buen apetito”. Cuando dio por terminado el reparto y dijo su permiso, mi padre la interrumpió, “¿Cómo que ‘buen apetito’?, y ¿para el Pocho?” “Oh, perdón, Pochito”, dijo mamá, azorada y culpable de haber fallado en el recuento auditivo. Sirvió una tajada más, pero a medio pasarla se detuvo en el ya silencioso comedor con el queque servido e inmóvil en el aire y la mirada en algún punto allá arriba, donde dirigen su vista muerta los ojos muertos, ante la muda, contenida emoción general. Compuso su triste sonrisa, pidió a papá:

- Dime que Pocho está aquí, por favor, cariño...-

Estalló la mesa en carcajadas y abrazos repletos de

hermosos sentimientos y nos comimos el queque de mamá.
Papá tomó también la porción de Pocho.

EL CIRCO

Ocurrió en el primer recreo. No recuerdo el motivo, ni siquiera que hubiera alguno. El Chino Quiroga era un chico tranquilo, un poco nervioso, buen jugador de fútbol, alumno del montón, como yo. No éramos amigos, pero, como compañeros de curso, habíamos hecho algo juntos. Quizás por eso, porque nos frecuentábamos poco, terminamos encontrando el pretexto. Nos desafiábamos “a la salida”, muy formalmente, como se usaba.

Ese día, entre recreos, teníamos Historia con un profesor que admiraba “el país de los molinos”, o sólo lo declaraba por adulación a los curas dueños del colegio. No bien entramos a la clase, dejé de lado la monótona voz de ese profesor sin pasión. Ausente, sentado en mi pupitre, con el libro abierto, sólo pensaba en la pelea que me esperaba al final de clases, dudaba si había sido una buena decisión, si podría vencer a Quiroga, si tenía suficiente arte para hacerlo y si él no lo tenía para no ganarme. No era el dolor, sí algo de valor, no era el poco de sangre, ni alguna magulladura, sino, primero, el ridículo, la insoportable posibilidad de que se rieran de mí, y luego, de que la pelea se desarrollase con un público numeroso, ese animal inconsciente y colectivo que

exige violencia, su alimento. Sin importarle nada los luchadores, ese grupo de muchachos convertido en un cuerpo formado por un único designio, evitando ellos mismos la arena y chillando su anonimato con todas sus fuerzas, exigía a dos monigotes que se odiaran y lastimaran.

Yo era uno de los rivales, sólo un niño asustado que tenía que fingir un valor que no encontraba en ninguna parte. Las peleas que peleé habían sido hasta ahora espontáneas, inmediatas y cortas, unos golpes y ya; ésta estaba anunciada, publicitada, “a la salida de clases”, el boca a boca funciona muy bien en los colegios. Los rivales eran señalados, medidos, espíados por toda esa pequeña y aviesa sociedad a la que yo había pertenecido algunas veces, cuando los gladiadores eran otros. Hoy, el circo estaba anunciado y yo era una de las atracciones.

Mi inquietud interna había quizás aflorado porque el profesor me hizo una pregunta para ridiculizarme, me devolvió a la clase con un tirón de patilla y un cocacho, consiguió una risotada de su público. Volví a mi espíritu y lo encontré temblando, sólo faltaba un recreo y una clase para la pelea.

Al terminar Historia, yo ya había decidido, o más bien, mi desesperación creciente lo hizo: me disculparía con Quiroga y le pediría, le rogaría si fuera necesario, que suspendiéramos la pelea. No seguiría el juego a los demás, a los que no debía nada, haría algo por mí mismo, pero sobre todo le haría caso a mi miedo.

Salí lentamente al recreo, avergonzado de lo que iría a hacer, a esa edad el echarse atrás pesa mucho.

Allá estaba el otro luchador, el que saltará a esa oscura arena formada por la sed de sangre de la pequeña y terrible versión del circo romano. Me detuve, Quiroga parecía esperarme, me miró y cuando me disponía a avanzar hacia él a suplicarle, vino resuelto. Intuí que me golpearía y me puse en guardia. Se paró, me dijo

- Oye, Quiroz, discúlpame, pero, por favor no

peleemos...- Endurecí mi cara:

- Bueno, pero cuidado, no me jodas más.

JUAN Y JUANITA

El 30 de abril de 2019 Juan Guaidó anunciaba, en Caracas, que ese día comenzaba la jornada definitiva para derrocar al presidente Nicolás Maduro. A la misma hora, en Cochabamba, Juanita Salas confesaba a su madre, por presión suya, que sí, que estaba embarazada y le pedía que la ayudara.

Juan Guaidó se pertrechó con un grupo de militares en una plazoleta, no lejos de un cuartel, punto de partida de su golpe de Estado. Juanita y su madre, iban a buscar a alguien para que ayudase a la adolescente a deshacerse de su embarazo.

Guaidó explicaba a CNN los pasos que daría para recuperar el poder para los amigos de Estados Unidos. Juanita escuchaba, ese momento, las indicaciones de un médico que, finalmente, encontraron en la avenida marginal de la ciudad y que se apiadó de ella (o la captó como clienta). En el televisor del doctor, los militares que acompañaban a Guaidó eran presentados como la punta de lanza que arrastraría al ejército venezolano a la insubordinación militar, pero ni el médico ni Juanita los vieron, puesto que él le anotaba, recitando, el nombre de las pastillas que debía

comprar y la muchacha escuchaba atentamente. Tampoco Guaidó se percató de esta negociación en un destartado consultorio en Cochabamba y ningún canal de televisión lo registraba, y menos en vivo. Las pastillas debían ser doce, decía este médico con aspecto, más bien, de un comerciante cubierto por un mandil blanco; su precio era de alrededor de 70 Bs por cada una. Telesur informó que los millones de dólares confiscados por bancos y gobiernos de EEUU e Inglaterra, en forma de oro en lingotes y dinero, no se moverían de sus bóvedas, pese a las necesidades del país propietario de este tesoro, Venezuela. Madre e hija recorrían ya la avenida llena de gente ajena a su drama, muy preocupadas pues no tenían el dinero para comprar las pastillas. Tenían, sí, los números de los celulares de un prestamista y del vendedor de las tabletas abortivas. La mujer por fin dio con el prestamista recomendado por una amiga, el que por unas prendas de oro le daría la plata.

Los más de cincuenta países que declararon reconocer a Guaidó como presidente de Venezuela, surtían la billetera de éste que a esa hora había liberado de su prisión domiciliaria a Leopoldo López, lo que se consideró una primera victoria en su marcha triunfal a Miraflores. Juanita y su madre, con el dinero y despojada ésta de las pocas joyas familiares, esperaban que apareciera el auto rojo señalado por el *dealer* de las pastillas. Cuando llega, sólo admite a una de ellas en el auto y parte hasta la próxima calle ante la mirada casi desesperada de la hija. Vuelve su madre con sólo diez abortivos, pues el precio ha subido en esas horas. Con aires de médico el traficante dijo que deben ser doce y que si no, no servirán. En el televisor por cable de un negocio de la esquina, se ve una muchedumbre encabezada por Guaidó y López, que enarbola banderas de Venezuela y grita, aunque debido al vidrio del escaparate, nadie en la calle, y menos las dos mujeres, escucha qué dice la presentadora.

Apenas entran en su casa Juanita se traga las pastillas una por una, y se acuesta a esperar mientras su madre la mira

preocupada e insegura de lo que está haciendo. A este sentimiento la ayuda un crucifijo pegado a la pared, por encima de la cabecera. En el comedor el canal local informa, a través del entusiasmo de la CNN, que una marcha leal a Maduro avanza hacia donde está Guaidó con la muchedumbre, pero curiosamente López ya no lo acompaña. La dosis suministrada hizo efecto en el cuerpo adolescente, pero hay mucha sangre. Juanita se lava, pero el dolor persiste. En aquella TV se abre la toma de la insurrección en Caracas, la muchedumbre no era tan grande como parecía; la voz en off relata que Leopoldo López se refugió en la embajada de España y que Guaidó retrocede hasta perderse en los barrios altos de Caracas: su golpe ha abortado.

La hemorragia ha remitido, un coágulo casi imperceptible que arrastró da a Juanita la certeza de que ha abortado.

CHOCOLATE DOMINICAL

Es el premio del domingo por la mañana. La gran olla de chocolate espeso, humeante, deseado, está sobre la mesa de la sacristía, ante el grupo de monaguillos reclutados en la pobreza y la fe. Los frescos panes la escoltan y el apetito insaciable de los niños la ansía. Pero, la habitación se les hace pequeña.

Las miradas codiciosas pasan del brillo del aluminio a su contenido fragante. Una docena de niños rodea el regalo hirviente, todavía con sus sotanitas de la misa dominical concelebrada. Son niños, no pueden con sus cuerpos impetuosos, deben moverlos, gastar su brío. De pronto ocurre el cataclismo: empujada por un codo, una espalda, una mano necesitada de apoyo, vuelca la enorme olla que derrama un niágara espeso e incontenible, el premio por el que cantaron, rezaron, se hincaron, anega el piso de ladrillo de la sacristía. Suspendidos, mudos e inmóviles los muchachos experimentan la amargura de la olla vacía. El dolor, la pérdida y el hambre se vuelven reales, son otra vez su cotidianidad. Instintivamente, se miran entre ellos, buscan al culpable, en esto son duchos, todo en lo que participan en la iglesia - novenas, misas, comuniones, rosarios- habla de la culpa. El chocolate mancha los viejos y lustrados zapatos, mientras las miradas recorren caras para descifrar la culpa, para leer el

arrepentimiento, descubrir el miedo. Uno, el solista del coro, el más -como dice el padre- piadoso, da con el rostro que contiene esos terribles rasgos: un niño algo mayor, más alto, más pobre y hambriento que los demás, siempre persiguiendo aromas de caldos o chocolates, la dádiva, y siempre sumiso y obsecuente. Es un poco lento, lo que le impidió aprender a ocultar lo que hoy no puede ocultar. El solista del *Tantum ergo* lo ha descubierto, lo sabe, por eso le mira fijamente, descifra su terror. Pero, es el más bueno de mis compañeros, no me delatará, se dice el otro. El más bueno de todos lo observa, lee como un catecismo la cara del culpable, su ruego de que no lo acuse, no lo devuelva a esa pobreza que encuentra aquí un pequeño oasis, los domingos, su orfandad si los curas lo echaran, su destino de miseria si lo descubre. El solista lo comprende, lo sabe. Siente compasión, piensa en Nuestro Señor, se inspira en la lectura constante de su devocionario. El rostro del culpable se distiende, entiende que es comprendido. A la pregunta del vozarrón, el cantor levanta la mano ¡se acusa! es como Jesús, se dice el causante del estropicio, se sacrifica, sí, es el más bueno. Aliviado, le admira, le agradece, quisiera ser como él, quiere hincarse para besarle los pies, servirle por toda su vida... El mejor de todos forma un puño incompleto en su mano alzada, deja erecto sólo el índice y baja lentamente el brazo hasta que el severo dedo señala la carita aterrorizada.

El cura sentencia, golpea y arrastra al niño a una oscura nave de la iglesia: la culpa infantil es su afrodisíaco.

LA MESA 5

Me enteré que habían sido amigos y compañeros de trabajo en las décadas de los setenta y ochenta, y se reencontraron en años recientes. Ya jubilados de lo que fuera, eligieron este discreto restaurante para sus reuniones nostálgicas.

Aquí los he conocido como mesera, trabajo que hago en horas que no estoy en clases en la universidad.

Al principio era sólo eso, la que atendía la mesa 5, y ellos un grupo de viejos que bebían “midiéndose”, relativamente respetuosos y sin los problemas de borrachera insoportable que sufro con frecuencia. Digo “relativamente” porque alguno, y alguna vez, se mostraba un poquito más cortés conmigo y veía en sus ojos cansados el brillo del deseo. No me ofendía, hasta sentía que rozaba mi vanidad, es que todos parecían personas decentes.

Su larga amistad era, para mí que tengo 22 años, eterna y me era difícil -como pasa con todos ante un anciano- imaginarlos jóvenes y, menos, niños.

De ese conocimiento superficial del cliente, pasé a saber más de ellos por un interés explicable: mis abuelos murieron antes de que yo naciera.

En esas sesiones de bar comprobé que, en sus reuniones, los viejos tienen mucho de niños: compiten entre ellos, se quitonean la palabra para contar sus hazañas, quieren la aprobación de los demás, se ríen de sus amigos, les gustan los recuerdos comunes, pero son los de cada uno los más lindos y verídicos. Cada cual es su propio héroe.

Llegaban puntuales a las 4 de la tarde de ciertos sábados y eran los últimos en irse, vacilante el paso, a las 10 de la noche, hora en que cerramos ese día. Pedían las cervezas Huari heladas, cada vez más seguidas y en voces más altas, pero sin escándalo. Así pude acercarme cuando consideraba que la conversación tenía algún interés para mi registro de historias que había comenzado uno de esos sábados de pocos clientes para sacudirme el aburrimiento. Aprendí a conocerlos, sabía cómo cambiaban de semblante cuando hablaban de “cosas serias”: enfermedades, nostalgias, algo de fútbol y religión, cuando hacían bromas, y las ocasiones que tocaban el amor. La política, al parecer, era tema vetado. Inmersa en las descoloridas luchas universitarias, lamentaba que estos viejos que habían vivido lo que yo conocía sólo por lecturas, no hablaran de sus correrías políticas que alguna vez asomaban sólo de manera tangencial a su mesa; mi curiosidad política se debía, además, a que mi abuelo materno había sido militante activo, muerto durante una dictadura y tendría la misma edad que ellos.

Si no hubiera trajín de parroquianos y vendedores ambulantes, la escena sabatina en el restaurante habría estado compuesta por una mesa espontánea de viejos espiaada, algo descaradamente, por una muchacha.

Supe que el grupo presentaba un promedio alto de celibato: dos eran solteros, los otros estaban casados o divorciados. Esta enumeración no dejaba de ser importante en este ejercicio comenzado sin notarlo. De ahí pasó a un vago interés académico cuando en la facultad se mencionó la sociología de los sentimientos. Aun sin enterarme de cuáles eran los solteros, los habría clasificado como los más sanos,

sus voces conservaban rastros del atrevimiento que parece obligatorio en la juventud. Los otros los habían perdido, como si no sólo el tiempo y las enfermedades ordinarias les hubieran lastimado, sino como si ellos mismos se hubiesen infligido algún castigo. Todo se trataba del amor. La mayoría, me decía, decidió enajenarse, literal y materialmente ellos se han entregado a un estado en el que hasta permitieron intervenir a la burocracia civil: habían firmado documentos que certificaban su entrega y compromiso, que atestiguaban sus sentimientos. Para esto se necesita un valor hoy visto como anacrónico. Los otros, o no hallaron la oportunidad de ejercerlo, o su valor estaba, más bien, en renunciar a lo que consideraron una especie de yugo engañosamente feliz, conjeturaba mientras volaba a la facultad en mi bici.

Por la conversación de una noche particularmente copiosa en *huaris*, percibí un argumento inesperado. Dijo uno, “el amor no es más que una terapia contra la enfermedad de la soledad”; ante esta premisa, otro contó que había escuchado decir a un orador callejero, que es una terapia inútil, pues la soledad es la condición humana y que para este “mal” no hay cura posible y sólo nos queda vivirla. La llegada de los piquemachos terminó con el tema, pero comieron masticando sueños, dudas y recuerdos junto con la carne, las papas y las ruedas de los locotos.

Crecía mi curiosidad, la sentía difusamente volverse un compromiso, y en los sábados de finales de ese año, una cierta dependencia emocional. El amor y desamor contenidos en esa mesa de apariencia corriente, en sus interesantes, largas vidas, sin duda sacudidas por momentos desgarradores y felices, culpables y compasivos, me atraía.

Había estado yo cautivada por sus asuntos amorosos hasta que una tarde la mesa 5 reveló algo que me atañía personalmente, reavivando un dolor antiguo, anterior a mí misma.

Por la entreabierta puerta del amor se coló la memoria política. Alguno mencionó con disgusto a su sobrino que se

alineaba en contra del neoliberalismo; de allí fueron saltando -retrospectivos- por la democracia negociada, los golpes de Estado, y la conversación derivó, ahora sí, en su juventud y su militancia. Se regodearon en andanzas de entonces con alusiones a amigos, parientes, exnovias. Fue una noche política, la única de todos los sábados que pasaron en el bar y fue también la más bulliciosa. Como en los temas habituales, cayeron en la tentación de competir con anécdotas de protagonismo personal transgrediendo el tácito acuerdo de sólo traer recuerdos apolíticos. Con la oreja atenta a la novedad, ese día me acerqué hasta la imprudencia.

Unas frases me llegaron nítidas y quemantes, emergidas de la selva de expresiones que se gritaban en la mesa. Yo había sido vergonzosamente tolerante hasta con las alusiones machistas en sus conversaciones, diciéndome pobres viejos, han vivido con esos códigos desde niños, y otros argumentos deleznable, pero esta revelación me hirió como un hierro al rojo vivo. Supe que tenía que hacer algo al respecto, pero no tenía claro el qué ni el cómo.

En la noche tuve que ayudar a uno a bajar las gradas de la salida del bar. Le ofrecí mi brazo desnudo, lo tomó con tal delicadeza y a la vez voluptuosidad que despertó lo que yo intenté borrar sacudiendo la cabeza. Le siguieron los demás, abordaron sus autos, quedé mirando la calle vaciándose como se vaciaba algo en mí. Mi naciente aprecio por ellos había sido brutalmente golpeado.

Aquel confuso cariño y hasta deseo de transgresión, quizás víctima de una celada tendida por Electra en algún recodo de mi tráfico por entre sillas, mesas y personas, o sorprendida en medio de necesidades y carencias subconscientes o, más simplemente, empujada con la vulgaridad de mi novio, ahora se me antojaba obsceno.

Las palabras que me llegaron claras desde la mesa 5 dichas entre risas y aplausos, formaban casi textualmente el relato que era parte de la historia de mi familia, la muerte de mi abuelo materno, y que se consideraba el origen de la pena y

la pobreza que arrastrábamos desde antes de mi nacimiento. Era la misma historia, pero relatada desde la acera de enfrente. La versión de los vencedores en el golpe de Estado. Estos gentiles ancianos eran los esbirros que habían torturado y asesinado a mi abuelo en las mazmorras de la dictadura, en La Paz.

Y ahora me encontraba relacionada emocionalmente con estos viejos y, al mismo tiempo, enfrentaba la inexcusable necesidad de justicia instalada en mi ADN familiar. Una parte de mí hablaba de la lejanía en el tiempo, del perdón; la otra agradecía la inconcebible fortuna de tener ante mí la posible clausura de la pesadumbre de mi familia.

Descuidé clases y exámenes y no lo consulté con nadie, ni con mi madre, ni con mi hermana, y por supuesto, menos con mi torpe novio, él mismo, quizás, producto indirecto de esa historia.

La confesión había surgido como una rememoración. Se alzó una voz que recordaba el “justiciero” rol jugado en la represión de entonces. No había en ella rastro de autocritica ni arrepentimiento y menos asomo de expiación, era una voz de homenaje. Después, toda la mesa celebraba con los vasos en alto, gritos y bravos que me laceraban. Despojados de su disfraz, no se cuidaban de ser lo que eran. Esa imagen de infame aquelarre terminó por convencerme.

Mi dilema ya no era si hacer algo, si terminar con la herencia de amargura, o dejarlo pasar autoconvenciéndome de la inutilidad de vengar la muerte lejana. No, estaba decretada en la familia que aquel crimen debía ser vengado. Bueno, me tocó a mí la pajita larga y sólo me faltaba decidir la forma de matar nuestro asesinato.

Asumida la responsabilidad de ser la verduga, me quedaba hallar el procedimiento. Lo primero que establecí fue que el castigo debía ser general.

Pero era impensable que cometiera una masacre o media docena de sangrientos asesinatos en serie: no tenía experiencia en el uso de armas de fuego, ni en elaborar

intrincados planes.

Inventaríe mi arsenal. Concluí que mi juventud y atractivo físico eran mis puñales; los hincaría en sus instintos que aflorarían en las peores formas, lo que quebrantaría su amistad y diseminaría rivalidad y odio. Además, aunque me reconocí como una simple mesera, contaba con un gran handicap: mi acceso irrestricto a bebida y comida para los clientes (una vez, no me avergüenzo, escupí en el surubí de un petiso de manos largas).

En las idas y venidas en mi bici, productivos momentos imaginativos, perfeccionaba esa primera y peligrosa acción buscando -como debían planearse los delitos- quedar indemne e impune. Me llegaban también, como suelen hacer cuando nos son necesarios, lecturas, informaciones, relatos orales, herencias de conocimientos, en ayuda a mi plan. Poe, Manson, Borges, el Unabomber, Jack the Ripper, Agatha Christie, Conan-Doyle y otros de mi modesto acervo de lectora, me brindaban útiles pasajes. Finalmente quedaron Emma Zunz y Miss Marple como aliadas de mi empresa. Aquella por la forma de su justicia y ésta por su festiva relación con las ponzoñas, las dos, porque confío más en las mujeres. Tenía que ser más excitante planear crímenes en buena compañía.

Ahora ya se modelaban los dos pilares de ejecución de los asesinos de mi abuelo. Uno, de desmoronamiento moral y el otro de ataque directo a las vísceras.

Elaboré el plan de seducción colectiva. Hasta entonces ya ninguno de los de la mesa 5 tenía identidad separada de la de un ser colectivo, para esas horas una hidra de seis cabezas. Evitaría las cabezas y apuntaría al corazón.

Con pasos que se irían decidiendo en el camino, inicié un delicado acoso a los viejos haciéndoles creer que eran ellos los que avanzaban en su conquista. Mi larga hospitalidad e ignorancia de quiénes realmente eran, les hacía confiar sin recelos en esta joven que se mostraba cada semana más asequible. Este coqueteo produjo cierta inquietud dentro del

grupo, para mí señal de cuáles eran los pasos a seguir. Atacaría al corazón, como dije, que lleva adherido el deseo. En ese mundo exploré con maneras sutiles. Cuando se percataron de que sí era posible “algo” conmigo, se desató la pugna.

Me bastaría uno para alborotar el corral, sembrar recelos.

Sólo faltaba elegirlo, sabía que sería el que yo quisiera, ninguno opondría la menor resistencia, quizás mostrara incredulidad, pero no oposición. Era la potente vanidad de mi juventud, frente a la vejez desarmada.

Para la embestida paralela, un repaso del catálogo *christiano*, me dio un arma específica. En casa se extrañaron de mi nueva y desmesurada apetencia por cierta fruta, fresca y seca, y la compra de un mortero. Había leído, y confirmado con una amiga de Bioquímica, que las pepas de esta fruta contenían arsénico en pequeñas e inofensivas cantidades, pero que suministradas pulverizadas y concentradas causan un envenenamiento lento y seguro. Me apliqué en molerlas para espolvorear la muerte en los platos que la mesa 5 ordenaba numerosos, sin olvidar de incorporarla a la llajua, la salsa picante muy apreciada por los condenados.

El tiempo era un factor de primera importancia en mis planes, dada la edad de mis sentenciados. Me quitaba el sueño la posible aparición de una infección sorpresiva, un fulminante ataque cardíaco, una pulmonía que atacara sus gastados fuelles, en fin, que cualquier mal imprevisto, les otorgara una muerte normal, los librara de la consciencia del ajusticiamiento. Me veía en el paradójico empeño de que siguieran vivos hasta que yo los matara. Su conocimiento de la causa de su ejecución y la identidad de la verduga eran vitales. Hoy, la pandemia del covid19 habría sido mi doble enemiga.

Hasta ahora todo estaba “en zona”, como dicen los jugadores de loba. El tempo de la ejecución colectiva, con sus retorcidos pasos, marchaba como estaba planeado.

Algo vino en mi ayuda. En su trabajoso desfile de salida

del bar de las 10 de la noche de un sábado esperado, el más tembloroso, pálido y ojoso (señales esperadas del buen hacer del veneno) se separó de la columna, se acercó valientemente, me agradeció la solicitud con que les servía y me aseguró que si necesitaba algo de ellos, sólo lo pidiera. Lo pedí.

No dejaba de ser arriesgado el paso siguiente: ahora sí comenzaba la temida etapa en que yo me arriesgaba físicamente. Tenía la certeza de que esta destartada anatomía se desplomaría ante la excitación de cualquier actividad que requiriera esfuerzo, más todavía en los prolegómenos eróticos que, como se sabe, exigen un buen acopio de reservas físicas y mentales. Y si no las tiene el sujeto y lo olvida en tales circunstancias, será su perdición. En mis planes este preciso sujeto sería fácil víctima de este proceso que no lo mataría, pero lo incapacitaría.

Imbuida de tal seguridad, dos días después nos encontramos no lejos del restaurante. Él ya esperaba en su coche que abordé con confianza y agilidad; me preguntó dónde quería ir a cenar, le respondí que no tenía hambre, se sobresaltó, lo tranquilicé diciéndole que vayamos a otra parte. En la siguiente cuadra le toqué la mano, dije vamos a un motel. Casi chocamos. Se compuso, enfiló hacia una avenida que deja el centro de la ciudad, me hizo una caricia en la mejilla, se la puse en la palma y sentí su piel reseca. Llegamos al motel y subimos a la habitación.

A la espera de su colapso, yo pedía una cerveza, algún sándwich, un trago, iba a cada rato el baño, pero mi víctima tenía todavía sus reservas. Finalmente tuve que decidir entre el honor y la venganza. Venció ésta porque tenía más argumentos, el principal, la larga espera familiar y la justicia, otro, que si no seguía el guión, el plan completo podía irse al traste.

Y ahí estaba yo, con un cuerpo que pronto sería un cadáver; lo miraba con curiosidad pero, sobre todo, con repugnancia, no a lo viejo, sí a lo asesino.

Mi libreto, ajustado a mi convicción, me arrancaba de lo

que hacía en esa cama, “es una misión”, me repetía, cuando llegaron estremecimientos, gemidos, gruñidos. Desdoblada, observaba mi propio cuerpo; pensaba en el de mi abuelo torturado... así también torturaban el mío. Un martirio más para ser vengado.

Salimos, mi cabeza conmocionada en el hombro huesudo, mientras él conducía su gesta a 20 kilómetros por hora, deseando que el camino a mi casa se alargara hasta siempre. Yo, con la prisa de meterme en una ducha desinfectante. Le ordené que no lo contara a ninguno, con la seguridad de que sí lo haría. Lo contó con medias verdades y también infladas escenas, azuzando la codicia del pelotón. El “conquistador” no pudo contener la exhibición de su hazaña, con insinuaciones y susurros que se diseminaron por debajo de la mesa desde donde afloraron en incredulidades y envidias, y luego en mentiras de que también otros lo hicieron y a implorarme cada vez menos veladamente, mientras yo seguía agitando mi zanahoria.

Destruída su omertá política, debilitadas sus reservas de astucia y destrezas para arrancar confesiones, transformados en una manada de descarte que despierta de su hibernación al olisquear el cielo, los asesinos se despeñaban, uno a uno, por el desfiladero del deseo. Entretanto, yo continuaba alimentando la muerte en cada plato, en cada escudilla de llajua, con dosis generosas.

El grupo se fue erosionando en medio de instintos que son dominantes entre la jauría represiva, cuando tiene el poder y cuando teme perderlo. Al mismo tiempo revelaba un deterioro físico inexorable de esos cuerpos que fueron desertando paulatinamente de las reuniones.

Mi propia labor de inteligencia me informaba de la salud de los asesinos cuando ya la mesa 5 estaba vacante. Así menudearon mis visitas de ángela de la muerte a domicilios y hospitales para -sorteando goteros, catéteres, sondas, olores, parientes- acercarme a orejas canosas con recuerdos que no querían recordar y revelaciones que se negaban a creer. Eran

gratificantes ceremonias de cierre: el último tramo del recorrido de sus vidas lo hacían con la certeza de que aquel de muchos presos y muertos a manos suyas, era redimido por su nieta y ellos, por el contrario transitaban la larga milla verde para presentarse, sin poder evitarlo, sucios de odio y pecado, ante el dios en que creían... vencidos por esta maquillada joven que los miraba complacida.

Alguno intentó denunciarme, pero sus familiares, hartos de atenderlo y limpiarlo, se decían delira, pobre moribundo.

En pocas semanas aparecieron en obituarios, luego del itinerario de padecimientos que los condenaron a sillas de ruedas, a camas que reclaman cambio constante de sábanas y manguerazos en colchones de hospicio. El último, arrastraba su cirrosis espantando a los niños en la vecindad del restaurante. Todos fueron ajusticiados.

Dejé ese trabajo. Ahora estoy embarazada de la mesa 5, pero ella nunca lo sabrá. El inocente engendrado con simiente criminal, será el primogénito de mi novio.

